

# CRÓNICAS

---

## PREMIO NACIONAL DE PAZ



# CRÓNICAS

---

PREMIO NACIONAL DE PAZ



**CRÓNICAS. PREMIO NACIONAL DE PAZ**

© Friedrich Ebert Stiftung en Colombia -Fescol-

© C3 - Centro de Competencia en Comunicación  
para América Latina y el Caribe

© Marta Ruiz

Calle 71 N° 11-90

Teléfono: 57 (1) 3473077. Fax: 57 (1) 2173115

Correo electrónico: [fescol@fescol.org.co](mailto:fescol@fescol.org.co)

[www.fescol.org.co](http://www.fescol.org.co)

Primera edición

Bogotá D. C., noviembre de 2010

ISBN: 978-958-8677-02-6

Producción editorial

Éditer Estrategias Educativas Ltda.

[ctovarleon@gmail.com](mailto:ctovarleon@gmail.com)

Diseño carátula: Camila Cesarino Costa

Fotografía de carátula: Augusto Rosas

Impresión: Editorial Gente Nueva

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

# CONTENIDO

---

<b>PRÓLOGO</b>	
<b>UNA PAZ ESQUIVA</b>	<b>VII</b>
<b>LOS SOBERANOS</b>	<b>1</b>
<i>Patricia Nieto</i>	
<b>VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA</b>	<b>19</b>
<i>Nelson Fredy Padilla Castro</i>	
<b>LOS HIJOS DEL PROGRAMA DE DESARROLLO Y PAZ DEL MAGDALENA MEDIO</b>	<b>33</b>
<i>Luis Alberto Miño Rueda</i>	
<b>EL ARDUO CAMINO DE LA RECONCILIACIÓN</b>	<b>53</b>
<i>Margarita Martínez Escallón</i>	
<b>MONTES DE MARÍA: PASÓ LA MUERTE PERO NO EL OLVIDO</b>	<b>67</b>
<i>José Alejandro Castaño</i>	
<b>BATALLA SIN FIN POR UNA FÁBRICA DE CHOCOLATE</b>	<b>79</b>
<i>Marisol Gómez Giraldo</i>	
<b>LOS HIJOS DE LA GAITANA SIGUEN CRECIENDO</b>	<b>89</b>
<i>José Navia</i>	
<b>UNA DIÓCESIS EN MEDIO DEL OLVIDO</b>	<b>103</b>
<i>Alejandra de Vengoechea</i>	
<b>MADRES CORAJE</b>	<b>115</b>
<i>María Teresa Ronderos</i>	

<b>LA FAMILIA AUSENCIA</b> <i>Cristian Valencia</i>	<b>131</b>
<b>CUADROS DE ESPERANZA EN SAN VICENTE DEL CAGUÁN</b> <i>Pilar Lozano</i>	<b>145</b>
<b>EL ENFERMERO DE LOS SECUESTRADOS</b> <i>Alberto Salcedo Ramos</i>	<b>161</b>
<b>“HERMANO PARA SIEMPRE”</b> <i>Marta Ruiz</i>	<b>187</b>
<b>VOLVER A EMPEZAR</b> <i>Sandra Janer</i>	<b>199</b>

## PRÓLOGO

# UNA PAZ ESQUIVA\*

---

**E**n Colombia se han explorado muchos caminos para la paz. En las últimas dos décadas se han firmado varios pactos de negociación entre grupos armados y gobierno. Han sido, por lo general, acuerdos entre las cúpulas de poder que han llevado en ocasiones a pactos políticos importantes que, sin embargo, no han significado casi nunca la pacificación de los territorios.

El desarme del M-19, el PRT, el EPL, el Quintín Lame, y la CRS a principios de los años noventa desembocó en la transformación del marco institucional del país, con la Constitución de 1991. Sin mediadores, sin sociedad civil, estas negociaciones fueron pactos de desarme a cambio de garantías para la integración a la vida social y política, que se dieron en un clima particular. Veníamos de una violencia atroz y desconocida: la del narcoterrorismo. Indiscriminada, masiva y brutal, había doblegado a una parte del Estado y la sociedad. Por encima de esa violencia anárquica, cuyo móvil era la codicia, emergía una violencia política encarnada en los guerrilleros y en un Estado que había abusado en múltiples ocasiones de su fuerza.

---

\* Las crónicas publicadas en este libro fueron escritas durante el segundo semestre del año de 2009.

En contraste con la mafia, y en clara diferenciación con ella, los insurgentes y el gobierno hallaron en el acuerdo, en la concertación y en diálogo unos puntos de encuentro. La reforma de la Constitución y el mutuo perdón se abrió como camino imperativo para seguir adelante. Los adversarios se reconocieron como tales y se sentaron a la mesa a pactar una nueva constitución. La esperanza de una transición y de un nuevo pacto social colmó por lo menos momentáneamente las expectativas de un país que en ese entonces se identificó con la paz.

Pero la pacificación estaba lejos. No logró que se cerrara el capítulo de la rebelión insurgente. Por el contrario, mientras un sector de la política colombiana se encaminaba hacia el esquivo pluralismo y la consolidación de un Estado de derecho, las guerrillas que siguieron en armas se afincaron aún más en sus estrategias de guerra. Tanto el ELN como las Farc, pero especialmente estas, subordinaron cualquier movimiento y participación política a un plan para la toma del poder por las armas.

De otro lado, una serie de factores confluyeron para que los grupos paramilitares, otrora fraccionados y con dinámicas muy locales, se articularan en un proyecto nacional en el que hicieron simbiosis la violencia del narcotráfico, la de las élites políticas y económicas que se resistían a la modernización del país, y la de sectores derechistas que consideraban que las guerrillas podían ser derrotadas sólo si se las combatía con sus mismas armas.

Fue así como a finales de los noventa, un país bañando en sangre y agobiado por la pesadilla de las masacres, la toma de pueblos, los magnicidios y las desapariciones, se avocaba a una nueva negociación: la del Caguán. El escenario era completamente diferente al anterior. Para las Farc el diálogo no era más que un arma de acumulación en la guerra. Para el Estado, una manera de ganar tiempo y terreno mientras, con el Plan Colombia, las fuerzas armadas retomaban la iniciativa militar.

Mientras este juego de espejos se desarrollaba en los confines del país, con una puesta en escena dilatada y llena de incertidumbre, fuera de ese territorio surrealista donde se negociaba lo innegociable, el país vivía una orgía de muerte. En esos terribles años las víctimas

silenciosas esperaban a ver el desenlace. La geografía del país se transmutaba, con el desplazamiento; los ríos arrastraban decenas y miles de muertos. Los cementerios no podían guardar más sus NN. La esperanza de pacificación se diluyó en nuevas formas de violencia y su extensión a rincones del territorio donde no existía.

La regla general es que la sociedad civil ha sido un convidado de piedra en estas negociaciones, en las que el concepto de reconciliación ha sido apenas mencionado. El concepto de la paz como un pacto de élites ha sido revaluado por la experiencia. En Colombia cada pacto ha dejado violencias residuales que han hecho imposible el desarme total. Y ello ha sido así desde el Frente Nacional, firmado para ponerle fin a la guerra política con la alternancia del gobierno, y bajo cuya sombra creció la guerra insurgente, pasando por la negociación con las guerrillas de los años ochenta, cuyo legado tardío fue la nueva Constitución, pero que, por ser un pacto inconcluso e imperfecto, dejó abiertas las puertas de la guerra, que se agudizaría y tocaría fondo desde mediados de los noventa.

Quizá por esa triste condición, la sociedad civil empezó a crear sus propias experiencias de paz, muchas veces en contra del gobierno, que monopoliza este tipo de búsquedas. La idea de que las comunidades pueden hacer mucho por la paz, sin anuencia ni apoyo del Estado ha resultado incómoda en muchos momentos, pero ha mostrado un camino que tarde o temprano será valorado como lo que es, el cimiento de la reconciliación. Han sido personas anónimas, valientes y bien intencionadas quienes desde diferentes puntos de la geografía han hecho un concepto de paz integral que incluye frecuentemente el desarrollo, la búsqueda de un ejercicio pluralista y sano de la política y los derechos humanos. Miles y decenas de estas experiencias han florecido en el país, aún en los momentos más aciagos de la violencia. Se mantienen a pesar de los embates que reciben de los grupos violentos, o incluso a pesar de las propias desavenencias que surgen en su interior, como es natural en las obras humanas.

Justamente el Premio Nacional de Paz surge como un reconocimiento a la paz y la reconciliación que se construyen desde la base, en lo local, y no a la paz maximalista, tan esquiva como errática en el país.

Hay que reconocer que muchos de estos proyectos han estado animados, abiertamente o tras escena, por miembros de la Iglesia. Sacerdotes, monjas y grupos religiosos que han sido más que una mano amiga, casi un Estado de bienestar en zonas inhóspitas y olvidadas donde sólo ha llegado el hacha del colono, la coca, la violencia de los grupos armados y la bota militar del gobierno.

La mayor parte de los premios han sido otorgados en un período en el que desde el gobierno, y en especial el de Álvaro Uribe Vélez, se niega la existencia del conflicto y, por ende, de la negociación, y el país le ha apostado todos sus esfuerzos económicos y políticos a aceptar su maquinaria de guerra, confiado en que la Seguridad Democrática podrá derrotar a los grupos armados. Las comunidades muestran otra realidad y otro camino. Otra realidad, porque dan cuenta, como lo hace este libro, de que la crisis humanitaria persiste y las poblaciones están amenazadas por muchas fuentes de violencia nuevas y antiguas. Las mismas Farc que se dan por derrotadas, y los mismos paramilitares que se dan por desmovilizados.

Por eso, sin excepción, el relato presente de cada uno de los proyectos premiados es de lucha. Por la supervivencia, por la legitimidad, por abrirse espacio y ser visible en medio de una nube discursiva que niega el conflicto que ellos viven cada día.

Las comunidades han mostrado un camino diferente al de la muerte. Han construido conceptos más participativos de la seguridad y han elevado ideales como la democracia, el bienestar colectivo y el pluralismo, como estandartes de sus organizaciones. También hay individuos a los que se les ha premiado justamente porque su labor solitaria y tenaz se ha convertido en paradigma y ejemplo de resistencia o solidaridad.

No puede decirse que los premios de paz hayan logrado la pacificación de sus regiones. Sería mucho pedir. Pero sí han trazado una ruta y se han convertido en la primera piedra que tarde o temprano servirá para edificar un proyecto de reconciliación nacional. Un horizonte que parece todavía lejano.

MARTA RUIZ  
EDITORA

# LOS SOBERANOS

---

PATRICIA NIETO\*

Hace algo más de una década los habitantes de Mogotes, en Santander, crearon la Asamblea Constituyente del municipio. Revocaron el mandato de un alcalde, dibujaron los perfiles de los funcionarios públicos, elaboraron un plan de gobierno, decidieron cómo invertir el presupuesto y lograron que los grupos armados respetaran su territorio. Hoy, inmovilizados por el miedo, cuentan quiénes y cómo destruyeron el proceso que se convirtió en el primer Premio Nacional de Paz, en 1999.

---

\* Comunicadora social, periodista y magíster en Ciencia política de la Universidad de Antioquia, Colombia. Estudiante del doctorado en Comunicación de la Universidad Nacional de La Plata. Profesora de la carrera de Periodismo de la Universidad de Antioquia en el área de Narrativa periodística. El último proyecto dirigido por ella dio como resultado los libros *Jamás olvidaré tu nombre* y *El cielo no me abandona*, escritos por víctimas del conflicto armado colombiano.



**L**a casa soberana es ahora silencio; desde el solar vienen los gorjeos de copetones, cadilleros y palomitas y en la cocina suena bajo un vallenato. Flor Figueroa limpia los asientos que bordean el patio interior. Lo hace pese a que desde hace cuatro años nadie los ocupa. Son sillones abultados, taburetes de espaldar recto y sillas livianas donde antes pasaban las tardes de domingo los miembros del comité operativo de la Asamblea Municipal Constituyente de Mogotes (AMC). Ahora ellos, los soberanos, van de uno en uno, de tarde en tarde y prefieren charlar en la cocina o en el patio trasero repleto de flores. En estos tiempos hablan en privado de duelos, viajes, enfermedades, tierras y animales. Antes, cuando llegaban los dieciséis se sentaban en círculo y hablaban de política.

Es domingo 2 de agosto y en Mogotes celebran misa a las diez. Flor Figueroa va a la ceremonia con fervor —porque Dios no es responsable de los actos de los sacerdotes— dice, y la bacterióloga practicante que vive en una de las habitaciones de la casa se dirige a la morgue del hospital donde yace el cadáver del segundo hombre asesinado en Mogotes en este 2009. Un rayo de sol entra por el postigo entreabierto y la casa parece menos sola.

También hay mercado en Mogotes. Los campesinos abarrotan las tiendas en busca de sal, aceite, jabón, harina y algunos granos antes de escuchar el sermón y luego tomar rumbo a las veredas. Hace cuatro años no tenían tanta prisa cuando era domingo de asamblea. Doscientos de ellos aplazaban compras y regresos para cumplir la cita ciudadana en el teatro Nazaret. Al final de la tarde, Mogotes era todavía una muchedumbre capaz de oponerse a la violencia, la corrupción y la pobreza con palabras y acciones.

Yolanda Díaz espera el bus que la llevará a Chuchiquirá, vereda a la que representó en la Constituyente y donde es líder de las juntas de acción comunal, del acueducto y de los figueros. Su afán es regresar a la casa antes del medio día para abrir la tienda que le completa el sustento. Como es domingo, los campesinos paran en su fonda y piden maltas, gaseosas y cervezas; en semana procesa el fique que cultiva en hectárea y media de tierra familiar. A esos oficios se dedica desde que el proceso constituyente entró en receso. —Nosotros creíamos que éramos de hierro, pero las agresiones nos hicieron mella —confiesa, y luego reflexiona—: Aquí ya saben que uno piensa diferente y por eso los que nos reuníamos en la casa soberana estamos señalados. Yo digo que simplemente tenemos identidad.

## EL BAUTIZO

Las campanas llamaron a misa el 20 de diciembre de 1997. Los mogotanos, sobrevivientes de los nueve días de pánico que siguieron al ataque guerrillero del 11 de ese mes, tomaron las empedradas calles rumbo a la catedral. Los pasos los llevaron sobre las huellas de la metralla disparada por 150 guerrilleros del frente Efraín Pabón del ELN; trajeron el recuerdo de Ana Duarte, Ofelia Rojas, Álvaro Bautista, Luis Leal y Luis Alfonso Torres, las dos civiles y los tres policías asesinados durante el enfrentamiento; e inspiraron rezos por la vida de Doryam Giovanni Rodríguez Avellaneda<sup>1</sup>, el alcalde de apenas 23 años secuestrado por los subversivos para juzgarlo por continuar las prácticas de su padre Luis Alberto Rodríguez, a quien los guerrilleros señalaron de esquilmar las arcas municipales en cuatro periodos de gobierno.

En la iglesia, durante el colofón de la toma pacífica del poblado en la que participaron unas 3.000 personas, el miedo cedió ante las palabras de los sacerdotes que infundieron dignidad y valor frente a la primera toma guerrillera a un municipio de la provincia de Guantán, Santander. Ese día en Mogotes circuló un comunicado recio en el que Leonardo Gómez Serna, Obispo de Socorro y San Gil, y

---

1 [www.saliendodelcallejon.pnud.org.co/buenas\\_practicas.shtml?x=7014](http://www.saliendodelcallejon.pnud.org.co/buenas_practicas.shtml?x=7014).

Ernesto Serrano Rueda, Vicario General, denunciaron y rechazaron la violencia ejercida por el ELN, la corrupción de los dirigentes políticos en el poder, la complacencia de algunos líderes que frente a malos manejos sacaron provecho y la negligencia de las autoridades que debían investigar y no lo hicieron.

En consecuencia con lo expuesto, los sacerdotes solicitaron a los insurgentes respetar la vida de todos y dejar en libertad al Alcalde; sugirieron a los funcionarios de la alcaldía renunciar; pidieron a los grupos políticos enfrentados con el Alcalde abandonar el debate, abstenerse de participar en las siguientes elecciones y permitir que las organizaciones cívicas y comunitarias lideraran una elección libre y soberana de representantes y gobernantes.

—Sugerimos —agregaron los religiosos en el mensaje público— a todos los ciudadanos y ciudadanas mogotanos, que en un acto de conciencia y de responsabilidad se declaren en desobediencia civil con la presente administración y con todos los grupos políticos que han manejado los intereses, las instituciones y los recursos del municipio, e instalen una asamblea local que conduzca a Mogotes en este momento, hasta que todo finalice en unas elecciones libres, transparentes y verdaderamente democráticas.<sup>2</sup>

Las palabras del Obispo avivaron el fuego de la tradición comunera de Mogotes. Él, ordenado en el auge de las ideas revolucionarias del cura Camilo Torres y tocado por el llamamiento de Golconda-Buenaventura firmado en 1968 por cincuenta sacerdotes comprometidos con la defensa de los pobres, expuso que un pueblo sólo puede gobernarse con justicia si se hace soberano. Ese fue el mensaje que envió, el camino que señaló.

—Nosotros conocimos el planteamiento de la Iglesia antes de la marcha del 20 —relata José Antonio Díaz, líder soberano—. Unas 50 personas nos reunimos con los sacerdotes al otro día de la toma pensando en qué hacer. Se lanzó la idea de una marcha pero nosotros no podíamos solos. La Iglesia era la única que podía hacerle un llamado

---

2 Gómez Serna, Leonardo y Serrano Rueda, Ernesto. “Comunicado a las comunidades cristianas de Mogotes, con motivo de la toma por parte de la insurgencia del ELN en pasado 11 de diciembre de 1997”. San Gil, 1997. Fotocopia.

a la subversión. Entonces los que estábamos ahí dijimos que la Iglesia era la única que podía ayudar y los religiosos nos escucharon.

Un sacerdote misionero, formado en el seminario de Yarumal bajo la consigna de San Lucas “A evangelizar a los pobres me envió el Señor”, fue designado para acompañar a Mogotes. Joaquín Mayorga, curtido en resolución de conflictos, algunos de ellos con actores armados en Buenaventura y Santander, propuso las primeras preguntas: ¿por qué se dio la toma guerrillera?, ¿cuáles son las consecuencias de esa acción?, ¿qué es necesario hacer? Un grupo de líderes salió por calles y veredas a construir las respuestas con las voces de los ciudadanos.

Mientras los laicos avanzaban en la pesquisa social a través de asambleas vecinales, los curas se acercaron a los grupos armados. Joaquín Mayorga, hoy en el exilio, cuenta que buscó acercamientos con la guerrilla: —Usando la figura de los diálogos pastorales buscamos la liberación del Alcalde. El ELN estaba radicalizado, al retener al muchacho quería obligar a su padre a presentarse para ajusticiarlo por corrupción.

Después de tres meses de conversaciones con el frente Efraín Pabón, mediante los líderes del frente Domingo Laín, el Alcalde recobró la libertad el 3 de abril de 1998 y se comprometió a renunciar al cargo, a no participar más en política, a desistir de apoyar grupos paramilitares y a abandonar Mogotes con sus padres.

A la liberación del Alcalde, considerada el primer logro del trabajo en comunidad, se sumó el diagnóstico. Según las indagaciones y tal como lo cuenta hoy Joaquín Mayorga, tres ejes soportaban el conflicto. Frente a la violencia ejercida por la guerrilla, los paramilitares y el Ejército, las familias abandonaban las tierras, guardaban silencio o se unían con uno de ellos. La corrupción la encaraban lamentándose, aliándose con el poderoso o denunciándolo pese a no creer en la justicia. Y la pobreza los llevaba a emprender proyectos productivos que casi siempre fracasaban, tras lo cual sólo les quedaba emigrar para no caer en la indigencia.

Una Asamblea Municipal Constituyente fue la figura creada para institucionalizar un proceso que ya se conocía en la cabecera municipal y en las 29 veredas de Mogotes. La Constituyente fue

creada para “trabajar por el desarrollo integral, la construcción de la paz y el ejercicio libre de la soberanía popular”<sup>3</sup>. Los 240 delegados, organizados en doce comisiones, coordinados por quince representantes y presididos por tres personas, se reunieron para instalar la asamblea el 6 de abril de 1998, y esta emitió su primer mandato soberano. Solicitó, mediante una consulta popular, que el Alcalde recién liberado renunciara. El 27 de abril, 4.474 ciudadanos, de un total de 4.880 votantes, apoyaron la propuesta de la AMC. Este resultado y la renuncia del Alcalde el 9 de mayo siguiente le dieron al pueblo una fortaleza política desconocida hasta entonces en Colombia.

## LA COMUNIÓN

José Antonio Galán yacía en la mesa de comer de la casa del cura de Mogotes. No había muerto por el arcabuz de la corona española, ni descuartizado por los verdugos, ni exhibidos su cabeza, sus manos y sus pies en Guaduas, El Socorro, San Gil, Charalá y Mogotes. Yacía con su carne hecha pan: harina, huevos, mantequilla, sal y levadura al fuego. El líder comunero era un extraño cuerpo diseñado y horneado por partes según los imaginarios de cada soberano y a diferentes temperaturas.

El cura no dijo cuerpo de Cristo para inducir a los soberanos a la comunión. Simplemente la ofreció y ellos, dieciséis, tomaron trozos y los llevaron a sus bocas. Los masticaron, supongo, como jamás lo habrían hecho con la hostia fabricada apenas con harina y agua. Entraron en unión mística con el líder que perdió la vida 217 años atrás, como agitador de la Revolución Comunera. Invocaron el coraje con que él defendió los derechos de indígenas, negros y mestizos y le pidieron al Espíritu Santo los bañara con sabiduría para guiar a su pueblo.

Los que comulgaron no eran criollos asfixiados por el control a los cultivos de tabaco y la producción de aguardiente o inmovi-

---

3 Carvajal Durán, Carlos Augusto. *Mogotes, una experiencia de soberanía popular y de construcción de paz*. Colciencias. Fundación Social, Unisangil, San Gil, 2003, p. 1.

lizados por la prohibición del trueque como lo fueron los primeros comuneros. Eran ciudadanos colombianos agobiados por guerrilleros y paramilitares que secuestraban, extorsionaban, masacraban y destruían; birlados por administradores locales corruptos, hegemónicos y autoritarios; empobrecidos por los bajos precios del fique, fibra natural reemplazada por hilos sintéticos duraderos y baratos. Eran los líderes de la AMC de Mogotes, los que fueron elegidos por más de dos centenares de conciudadanos para que los representaran en la máxima instancia de gobierno, los que se disponían una tarde de 1998 en unión política y religiosa a cumplir una misión escrita en decenas de cartulinas: “Con la Biblia y la Constitución, haremos la revolución”.

Un poder simbólico ungió a los soberanos, quienes recuerdan la convicción y el valor con el que, como miembros del comité operativo, encararon la misión de hacer de Mogotes un pueblo soberano.

José Antonio Díaz, aún convaleciente después de un infarto, revive el momento: —Estábamos tan convencidos que no creíamos que pudieran detenernos. Queríamos hacer todo bien y rápido. Yo me entregué al proceso. Álvaro Abril, maestro desde hace 33 años y experto en los dramas de los más pobres, reconoce cuál fue su inspiración: —Me animó el valor del campesino que viajaba horas en bestia para llegar a la reunión. Y si ellos, la mayoría pobre y sin educación, trabajaban por su pueblo, ¿por qué yo no iba a hacerlo si tenía mejores condiciones en muchos sentidos?

Carmenza Rojas, quien perdió a su hermana menor en la toma guerrillera, se declara convencida de la necesidad del cambio social en Colombia y dice: —Yo me dediqué a la Asamblea de día y de noche, en semana y los domingos. Leonardo Padilla recuerda por qué se unió al proceso mientras repasa las actas de la Asamblea en su computador portátil: —Yo fui soldado y uno del Ejército sale con el cerebro lavado, a uno le construyen pensamientos para la guerra. Yo escuché a los líderes en 1998 y me quedé con ellos convencido de que era posible cambiar nuestro destino.

Héctor Zanguña maniobra la cabrilla de su autobús rumbo a San Gil y rememora su niñez huyendo de los conservadores en los brazos de su padre. —Porque he sufrido la persecución política estaba

seguro de que un proceso democrático era sano para todos —confiesa. Yolanda Díaz, ya en el bus que la llevará a su casita azul reflexiona: —Yo estaba convencida de que teníamos responsabilidades en todo lo que pasaba y que como ciudadanos debíamos actuar. A mí, por ejemplo, me tocaba enfrentar a mi papá; en cosas de política éramos agua y aceite.

Las palabras de Joaquín Mayorga, pronunciadas con la energía de los expertos en el púlpito, son útiles para sintetizar las vocaciones de cientos de mogotanos: —Teníamos la fuerza para emprender un proceso subversivo en el sentido de que en Colombia nunca el pueblo se había gobernado realmente y la oportunidad de hacerlo en Mogotes estaba dada. Así que emprendimos un proceso que sin ser ilegal no estaba enmarcado totalmente por las leyes. De eso nos dimos cuenta después. Nos acogimos al artículo 3 de la Constitución y ejercimos la soberanía.

En la voluntad del pueblo se cimentaron los mandatos soberanos, algunos de ellos inéditos en la historia de la democracia colombiana: las papeletas para la revocatoria del mandato del alcalde llevaban los nombres y las firmas de los sufragantes, que podían ser todos los mayores de quince años. Los servidores públicos debían ser honestos, conciliadores, capacitados para manejar lo público, políticamente imparciales, sencillos, serviciales, alegres, de buen genio y acogedores de la palabra de Dios<sup>4</sup>. Los candidatos a cargos de elección pública debían inscribirse ante la AMC. El candidato que resultara elegido estaba obligado a desarrollar el plan de gobierno elaborado por la Asamblea que, además, oficiaba como primera dama. Tomando como espejo el movimiento cooperativo, en torno al cual se organiza la vida de muchos pueblos en Santander, las jerarquías municipales cambiaron: el alcalde era considerado el gerente del municipio y los ciudadanos, asociados. Por lo anterior, el mandato del alcalde se reconocía sólo por un año, al cabo del cual era sometido a evaluación.

Además, la AMC participó en la elaboración del Esquema de Ordenamiento Territorial, organizó veedurías para el gasto público,

---

4 Cf. Carvajal Durán, Carlos Augusto, *op. cit.*, p. 64.

nombró comisiones para elaborar proyectos económicos dirigidos a las comunidades más pobres y eligió voceros para reunirse con procuradores, gobernadores, obispos, grupos alzados en armas y agentes de organizaciones internacionales.

El 26 de julio de 1998, después de una campaña regida por principios éticos emanados de la Asamblea, José Ángel Gualdrón se convirtió en el primer alcalde de la nueva era de Mogotes. Surgido del seno del proceso constituyente, el primer gerente del municipio ejecutó el plan de gobierno elaborado por el pueblo en las asambleas locales, trabajó en conciliación con el Consejo Municipal, rindió informes permanentes a las veedurías, alentó el trabajo social liderado por la Iglesia y tuvo el honor de recibir a decenas de visitantes colombianos y extranjeros que viajaron hasta Mogotes para conocer al pueblo ganador del Primer Premio Nacional de Paz en 1999 y, luego, sede de la presentación del programa Cien municipios por la paz.

## LA CRUCIFIXIÓN

¿Quiénes fueron los autores?, ¿a qué horas lo hicieron?, ¿cuál fue el orden de la ejecución? Son algunas de las preguntas para las que no hay respuestas. Sólo se sabe que apenas abrió la mañana luminosa y fría de Mogotes, 16 patevacas del parque principal ya estaban decapitados.

La noticia entró a cafés y panaderías; se filtró por postigos, pasó de largo por los corredores y llegó a las cocinas; pegó en el hospital, en los colegios y en el cementerio; llegó al teatro, a la emisora y a los billares; pasó por el asilo de ancianos y llegó al albergue de las niñas; gritó en peluquerías, sacudió los expendios de carne, silenció la cooperativa; hizo eco en la capilla de la vieja normal, subió por carreteras, atravesó los sembrados de pencas y se conoció en las veredas. Los 13.000 mogotanos se turbaron con el mensaje y los soberanos entraron en pánico.

El mensaje se dirigía a los 16 miembros del comité operativo de la Asamblea (quince laicos y el padre Mayorga), los mismos que completaban cinco años representando al poder soberano. La imagen de los árboles descopados se convirtió en el símbolo de la

clausura del proceso constituyente de Mogotes, en el fin de una serie de amenazas, intimidaciones y ataques de los enemigos de la soberanía del pueblo, en el comienzo de los relatos fragmentados que los soberanos reconstruyen hoy como recuerdos y que todavía les producen taquicardias e insomnios.

Cinco días después de la toma, la madre del Alcalde secuestrado acusó al cura de Mogotes de incitar al ELN a perseguir a su familia. Con sus declaraciones al periódico *Vanguardia Liberal*<sup>5</sup>, Ligia Avellaneda marcó el tono de un señalamiento que aún pesa sobre quienes por esos días seguían a los sacerdotes en la búsqueda de un camino para que Mogotes alcanzara la paz. Todos, campesinos o curas, maestros o artesanos, transportadores o empleados, cargan todavía con la acusación de ser guerrilleros.

Las coincidencias entre algunos apartes del comunicado del Obispo conocido el 20 de diciembre de 1997 y los planteamientos expuestos por el ELN en un panfleto que distribuyó en enero de 1998 en Mogotes, reafirmaron a quienes habían levantado el dedo acusador. Curas y guerrilleros escribieron en contra de la corrupción en el manejo de los dineros públicos y pidieron la renuncia de todos los funcionarios de la Alcaldía. La guerrilla agregó el reconocimiento de tener en su poder al Alcalde y la prohibición a los ciudadanos de unirse a las Convivir.

Apenas nació la AMC, que se gestó con él ánimo de la Iglesia católica en torno al análisis y solución de la corrupción, la violencia y la pobreza, ya estaba marcada por sus enemigos con el sello del ELN. A esa impronta acudieron los opositores del proceso: militares, políticos locales convertidos en gamonales, paramilitares, ciudadanos incómodos con mandatos soberanos, delincuentes comunes que pescaron en río revuelto y, paradójicamente, la misma Iglesia que le dio vida.

El mayor general Fernando Roa Cuervo y el general Tobías Durán Quintillana señalaron a la Asamblea de tener nexos con la guerrilla para quitarle fuerza al movimiento social. El primero dijo que

---

5 *Vanguardia Liberal*. “Desde la clandestinidad, ex alcalde de Mogotes pidió respeto por la vida de su hijo”. 17 de diciembre de 1997.

el segundo se apuró a declarar que la consulta para pedir la renuncia del Alcalde había sido manipulada por el ELN, y el segundo que el ELN sacaba provecho del movimiento de Mogotes pues obedecía a intereses similares a su lucha.

No valieron las declaraciones del Obispo en contra de tales afirmaciones ni sus denuncias por los abusos de la fuerza pública en la población. Los uniformados protagonizaron escaramuzas y recorridos por las veredas haciéndose pasar por guerrilleros, allanaron casas campesinas, detuvieron sin orden judicial a un campesino, hermano de una delegada a la Asamblea, y lo presentaron como auxiliador de la guerrilla, poseedor de una granada y de un camuflado del Ejército<sup>6</sup>.

Para mayo de 1998, a sólo un mes de instalada la Asamblea, cada soberano ya cargaba con su lápida, dice el padre Joaquín Mayorga para ilustrar hasta dónde llegaban los señalamientos. El mismo Obispo Gómez Serna denunció, el 20 de mayo, haber recibido un sufragio. Ese mensaje anónimo acrecentó los miedos, pues una amenaza para el máximo jerarca de la fe católica de la región era un mensaje para todos. Detrás del sufragio llegaron chismes, boletas, insultos, exclusiones y hasta un panfleto en el que acusaban a algunos soberanos de atracar buses, ganar dinero con el mercado del sexo, rezar de día y pasar la noche en los campamentos de la guerrilla, robar dinero de los cafeteros y vaciar las arcas del hospital.

En medio de estas aguas agitadas, la AMC de Mogotes recibió el Premio Nacional de Paz el 21 de octubre de 1999. Acontecimiento que sin duda le dio aliento, fortaleza y valentía para llegar a octubre de 2000, cuando sucedieron dos hechos trascendentales. El 11 de ese mes, los soberanos durmieron tranquilos. Lograron, durante tres días, ser espléndidos anfitriones de la presentación nacional e internacional del proyecto Cien municipios por la paz. Pero al día siguiente volvió la zozobra cuando el ELN asesinó a Luis Alberto Ro-

---

6 Diócesis de Socorro y San Gil. "Carta al Defensor del Pueblo de Santander, 15 de mayo de 1998". En: Villamizar, Camilo Ernesto. *Límites y alcances de los procesos de resistencia y construcción civil en Colombia. El caso de la Asamblea Municipal Constituyente de Mogotes comparado con otros*. Tesis para optar al título de politólogo. Universidad Nacional, Bogotá, 2005.

dríguez Vargas, el gamonal del pueblo, el padre del Alcalde vencido en la consulta, el mismo a quien los soberanos ubicaron en la otra orilla de la política<sup>7</sup>.

El asesinato del hombre que por casi dos décadas dominó a Mogotes también condenó a muerte a la Asamblea. Los no pocos seguidores del viejo dirigente conservador señalaron a los soberanos de estimular y auspiciar el crimen. Y ellos, abatidos por el miedo, se encerraron en sus casas a masticar su pánico y a esperar.

Unas horas antes del sepelio, el padre Mayorga, después de interrumpir un viaje al exterior y pese a los deseos de la familia en duelo de no verlo en la ceremonia y a la prohibición del Obispo de ir al pueblo, llegó a la casa cural y se encerró. Desde allí le anunció al país que comenzaba un ayuno hasta que el ELN, las Farc, los paramilitares y el Ejército manifestaran públicamente su respeto por la Asamblea, los constituyentes renovaran su compromiso político y la familia Rodríguez Avellaneda anunciara que no tomaría venganza.

Ocho días después y con las declaraciones escritas de todos los actores –incluida una petición de perdón del ELN por dañar el proceso– abandonó su huelga de hambre y se dispuso a la defensa de Pedro Neira, presidente colegiado de la Asamblea, encarcelado por su presunta participación en el crimen. Ocho meses tardó el juicio que exoneró al campesino de responsabilidades, quien, con su boleta de libertad en la mano, fue a Mogotes, vio sus calles por última vez y salió con su familia y sin un peso a buscar otro pueblo donde plantar su vida.

En las siguientes elecciones para alcalde, el 29 de julio de 2001, ganó el conservador Norberto Tijo quien, al cerrar su discurso de posesión ante la Asamblea, dijo: —A mí sí me toca trabajar con los partidos políticos. Si no trabajo con los partidos, Mogotes sigue atrasado. Pues, ¿cómo vamos a conseguir los recursos para el desarrollo de Mogotes? Ustedes saben que los presupuestos nacionales los dirigen los partidos liberal y conservador, principalmente. Los congresistas son de esos partidos y si uno no cuenta

7 *Vanguardia Liberal*. “Asesinaron al ex alcalde Luis Alberto Rodríguez”. 14 de octubre de 2000.

con ellos es muy difícil conseguir recursos. El gerente que estamos posesionando hoy, tiene que ser un gerente que haga gestión, que consiga recursos para Mogotes. Muchas gracias.<sup>8</sup>

Con esas palabras, Tijo anunció el regreso de la vieja forma de hacer política. Lo demás fue como agua que corre por su cauce: el Alcalde aprobó el presupuesto por decreto; se encargó de dividir al Concejo para sacar ventaja; sometió a los constituyentes campesinos al rigor del hambre para que cambiaran de bando y estos sucumbieron, pues la AMC no pudo concretar proyectos para disminuir la pobreza; desconoció el llamado de la Asamblea a rendir cuentas, acusó a los soberanos de usar métodos violentos para ejercer veedurías y logró que el pueblo se fraccionara nuevamente. Si antes los mogotanos estaban divididos entre conservadores y liberales o entre seguidores de los Blanco y de los Rodríguez, ahora lo estaban entre los soberanos y los seguidores de Tijo. Así, la Asamblea, en lugar de aglutinar a todos los ciudadanos, fue un motivo para la reaparición del sectarismo.

A los ojos de las altas jerarquías de la Iglesia debía ser intolerable que un pequeño grupo de sacerdotes estuviera en el centro de un violento torbellino político, en lo que se había convertido Mogotes. No de otra manera se entiende el traslado del Obispo Gómez Serna a la diócesis de Magangué el 18 de diciembre de 2001, y el relevo de todos los sacerdotes que intervinieron en la AMC. Unos fueron enviados a Bogotá; algunos, a otras provincias de Santander; y Joaquín Mayorga, a hacerle compañía a Gómez Serna en la conflictiva región del sur de Bolívar de donde salió hacia el exilio. Monseñor José de Jesús Pimiento —ya retirado, conocido por sus posiciones ultraconservadoras y nombrado administrador apostólico de Socorro y San Gil— fue el encargado de firmar con su puño y letra la salida de Mayorga de su diócesis de origen.

Los soberanos quedaron en la orfandad. Sin los sacerdotes que fueron guías espirituales y políticos se sentían desprotegidos. —Algo pasa en el seno de la Iglesia —decían apenas. Así, en la impotencia los tomó otra tragedia. El 14 de julio de 2002, a eso de

---

8 Carvajal Durán, Carlos Augusto, *op. cit.*, p. 163.

las seis y treinta de tarde, llegó al parque la noticia. En el asilo de la Hermanas de los Pobres había sido asesinada la hermana Marta Inés Vélez Serna, líder soberana, capaz de manejar un tractor, abrir un potrero, ordeñar animales y dar su vida por los ancianos y las niñas de su hogar. Caía la tarde cuando dos encapuchados forzaron los candados, ingresaron preguntando por la hermana y al verla le dispararon en varias oportunidades. Recibió dos impactos de bala calibre 7.65. El que entró por el cuello, la mató.

El pueblo cayó en la tristeza. Entonces se supo que desde meses atrás un grupo armado la hostigaba: robó los peces de su estanque, se acercaba a sus ventanas a media noche y paseaba por los jardines amparado en la oscuridad. Algunos ciudadanos de Mogotes organizaron brigadas para pasar en vela cuidando el sueño de ancianos, niñas y monjas. Aunque en el pueblo circulan varias versiones sobre el crimen y algunas de ellas lo asocian con una venganza de una de sus protegidas que fue acusada de hurto, el Observatorio de los Derechos Humanos de Colombia relaciona este crimen con el conflicto armado<sup>9</sup>.

Así como un sacerdote dio vida a la Asamblea Municipal de Mogotes, otro fue el encargado de pronunciar el discurso de su defunción. El padre Jorge Velandia Rodríguez, crítico del proceso de Mogotes desde su gestación, fue el encargado de marcar el punto final, de anunciar que la Iglesia abandonaba el proceso, de asestar el golpe mortal, de romper los ya delgados hilos de confianza. Ocurrió el Viernes Santo de 2003 cuando, ante miles de personas, el sacerdote les dedicó a los soberanos la reflexión inspirada: —Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen —primera palabra de Jesús en agonía. Después de mandarlos a callar, sentenció—: A partir de este momento la Asamblea queda muerta y enterrada. Los soberanos recuerdan que agacharon la cabeza pues se sintieron humillados, traicionados, abofeteados.

---

9 [www.fiscalía.gov.co/pag/divulgacion/bol2002/septiem/bol306htm](http://www.fiscalía.gov.co/pag/divulgacion/bol2002/septiem/bol306htm). [Www.derechoshumanos.gov.co/observtorio\\_de\\_DDHH/04\\_publicaciones/04\\_01boletin/04\\_boletin\\_2](http://www.derechoshumanos.gov.co/observtorio_de_DDHH/04_publicaciones/04_01boletin/04_boletin_2).

## LA SOLEDAD

Al caer la tarde del domingo, Mogotes se entristece. Una luz rojiza bordea las montañas, algunos niños juegan en el parque y Flor Figueroa observa, ahí mismo, el lugar donde está enterrado el pie izquierdo de José Antonio Galán. Regresa del hogar del anciano, de rendirle un homenaje a la monja asesinada, y recuerda los círculos que alrededor de los restos de Galán marcaban los soberanos al caminar. Ella dice que no se arrepiente de haberle abierto su corazón y su casa a la AMC y que agradecería que alguien quisiera retomar el camino. Quiere descansar, cuidar sus flores, caminar en las madrugadas y, como dice, esperar a que Dios disponga de su destino.

José Antonio Díaz se acerca lento, no quiere forzar su cuerpo pues lo necesita para ver crecer a su familia y a sus alumnos del liceo. Le sonrío a Flor con la complicidad de viejos aliados. —Nosotros arriesgamos la vida en esto. No sabíamos la dimensión de lo que estábamos haciendo y terminamos hablando con la gente del monte, con los de las cárceles de máxima seguridad, tratando de proteger al pueblo y apenas lo logramos por momentos. Yo no quiero trabajar más porque todavía siento el temor que me produjeron los allanamientos, las citaciones de la Fiscalía y el dolor de ver que podía perder a mi familia.

Leonardo Padilla pasa veloz. Desde anoche ha cantado en cinco fiestas y se le ve exhausto. Trae y lleva fotocopias. A dicho que gracias a la Asamblea terminó la primaria, el bachillerato y está estudiando administración pública; que por ella se hizo concejal y que será alcalde de Mogotes para cumplir la meta de ver a su pueblo saliendo de la pobreza y en paz. Quiere retomar la tradición de la AMC para crear un nuevo proceso pero aún no sabe hacia dónde y tampoco cómo hacerlo.

En bicicleta llega Álvaro Abril, maestro rural y padre de dos muchachos universitarios. Recuerda que sobrevivió a las épocas tétricas repitiendo: —Si Dios está conmigo, nadie puede contra mí. —Rememora con nostalgia, lo delata la sonrisa, los domingos de asamblea, las mañanas que pasaba explicando en su vereda los derechos ciudadanos. Pero ya no tiene la misma energía, quiere

jubilarse, dejar la escuelita y dedicarse, como lo hace las tardes de domingo, a vender oxígeno líquido, la maravilla farmacéutica que promete curar todos los males y hacer realidad el sueño de la eterna juventud.

A Carmenza Díaz no le pasa el dolor por la muerte de su hermana. ¿Para qué sirvió tanto sacrificio?, se pregunta al regreso de su escuela donde hoy, día de descanso, hubo ágape. Y narra las noches en vela porque recibía llamadas amenazantes o amedrentaban a sus hijos en Bucaramanga, o atemorizaban a su esposo cuando iba al campo a darle vuelta a sus abejas, o ideando fórmulas para sostener económicamente la Asamblea. —Cada encuentro costaba un millón de pesos y nosotros sin un centavo —se queja—. Una vez ya debíamos tres millones, entonces un señor aportó una novillona para rifar y así nos recuperamos. Y ahora no duermo pensando qué hacer con los 50 millones del Premio Nacional de Paz que todavía están en la cooperativa.

Héctor Zanguña sigue convencido de que la AMC no debió excluir a los partidos políticos tradicionales. Él, liberal de nacimiento, insiste en que no quiere volver a ver cómo con un machete traspasan el cuerpo de un bebé del enemigo e izan el cadáver. Por eso apoyaría la reactivación de un proceso más abierto. Yolanda Díaz, a punto de llegar a la ventanita donde despacha cervezas y refrescos, declara que está en vela para seguir: —Yo tuve muchas pesadillas, pero estoy viva y debemos responderle a los 1.200 votos de opinión que, creo yo, tenemos todavía.

Al padre Joaquín Mayorga le daría gusto escuchar las palabras de su pupila porque él, pese a las persecuciones y castigos, cree que a Colombia hay que fundarlo desde abajo, como intentó hacerlo Mogotes.

—Desde la distancia en tiempo y geografía —dice Joaquín Mayorga— fue desacertado ayudar a la gente a embalsarse en un proceso de alto contenido político. No medimos las consecuencias de lo que pasaría cuando llegaran otros sacerdotes. Es de pensar que a los sacerdotes de relevo los mandaron a acabar el proceso, pero la gente no merecía eso. Merecía modificaciones, ajustes, cambios, rectificaciones pero no ese tratamiento tan cruel. La actitud de la Iglesia generó

rabia, tristeza y ganas de odiar. Cuando pueda volver a Mogotes, les explicaré el trasfondo de esta historia y les recordaré que después del Viernes Santo siempre llega el Domingo de Resurrección.